

CAPITULO XLII.

BAJA EL VENERABLE PADRE JUNIPERO A SAN DIEGO: TRATA DE RESTABLECER SU MISION, Y SE LE FRUSTRAN LOS DESEOS Y DILIGENCIAS.

Desde el mismo instante que llegó la noticia de lo acaecido en la mision de San Diego, estaba el venerable padre presidente con vivas ansias de bajar á dicho puerto; pero se le frustraron los deseos por lo que queda expresado en el capítulo anterior último, ya por la prisa del comandante Rivera, como por la venida de la expedición de Sonora; siendo el fin de sus anhelos el volver á reedificar la mision incendiada. Medio año estuvo privado de poder cumplir sus deseos, hasta que dispuso Dios que los paquebotes viniesen á Monterey, y que el paquebot el Principe, dejada parte de la carga, bajase con la demás para San Diego, y en él se embarcó el 30 de junio, y con doce dias de navegacion llegó á San Diego, y desembarcó su reverencia con otro misionero, el padre fray Vicente Santa María, que habiendo venido con los barcos, lo llevó consigo para ocupar en una de aquellas misiones.

Encontró el venerable prelado que vivian en el presidio los tres padres, los dos de San Capistrano y el que habia quedado con vida de la de San Diego. Después de haberlos consolado y animado, le expresaron no tener mas desconsuelo que el ver no se daba mano á nada y que se estaban ociosos. Preguntóles cómo estaban los indios, si habia habido mas novedad, y le respondieron que no, pues el señor comandante ya habia escrito á su excelencia que ya todo estaba pacificado, que ya tenían asegurados las cabecillas y los querian despachar para San Blas con el barco, para que allí se les diese el merecido castigo.

Enterado su reverencia de todo, procuró consolar á los padres, y con su gran paciencia y mucha prudencia esperó que se fuese acabando la descarga del barco, y cuando vió se iba concluyendo, habló al comandante del navío don Diego Choquet, diciéndole si los misioneros podrian ir á ayudar á trabajar á la mision del santo de su nombre. Que de Dios recibirian él y los marineros el premio; que su excelencia lo tendria muy á bien. Respondió como caballero, que con mucho gusto, que no solo los marineros, sino que él tambien de peon. Conseguida esta respuesta tan cristiana, habló por papel, para mas facilitar, al comandante de tierra, diciéndole que en atencion á la detencion del barco hasta mediados de octubre y de ofrecerle el señor capitán la tripulacion para la reedificacion de la mision, le suplicaba por la escolta de la mision para pasar á dar mano á la obra. En vista de él, aprontó un cabo y cinco soldados dispuestos, y todo para la

marcha, que fué el dia 22 de agosto de dicho año de 76.

Fué á dar principio á la obra del venerable padre presidente con dos misioneros, el capitán del barco con uno de los pilotos, el contramaestre y veinte marineros, todos armados con armas blancas y de fuego para cualquier evento. Fueron tambien todos los indios neófitos capaces de trabajar, y fué el cabo con los cinco soldados. Llegados al sitio, distribuyeron la gente, que completó el número de cincuenta peones, á mas de rancheros y cocineros. Empezaron unos á acarrear piedra, otros á abrir cimientos y otros á hacer adobes, sirviendo de sobrestantes no solo el piloto y contramaestre, á cuyo fin habian ido, sino tambien los padres y el capitán del paquebot.

Iba la obra con tanto calor y trabajaban con tanto gusto, que segun lo que hicieron en dos semanas, todos daban por cierto que antes de la salida del barco quedaria concluida la obra, amurallada con pared de adobes; pero el enemigo tiró á impedirlo no por medio de los gentiles, pues ni siquiera uno se asomó por todos los contornos, sino que el comandante de tierra, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, que estaba el venerable padre presidente en el presidio, sin que el comandante Rivera le hablase lo mas mínimo, salió para el sitio de la mision, y llamando á solas al comandante del barco, le dijo que corrian voces de que los gentiles querian dar otra vez á la mision, y así que convenia se retirase con su gente á bordo; que él daba la orden al cabo para que con los soldados se retirase al presidio. Me hará favor, prosiguió, de avisar á los padres que yo no se los digo porque conozco lo har de sentir.

No pudo el capitán del barco con toda su viveza, alcances y eficacia hacerlo desistir, preguntándole si ya habia hecho la diligencia para indagar la verdad; y diciéndole que no, que solo viendo se repetia el dicho de los indios, sin duda seria verdad. Pues, señor, le replicó, la otra vez que corria dicha voz antes de venir á la obra, mandó hacer la diligencia por el sargento, y se halló ser mentira, pues se hallaron las rancherías muy quietas, los indios muy compungidos y arrepentidos del hecho: que mandase hacer la diligencia, que con tanta gente armada que allí estaba, no habia que temer: que le parecia mas al caso, si se hallaba algun recelo, el que se aumentase la escolta con mas tropa, que no retirarla en descrédito de las armas españolas. Estas razones en lugar de convencerlo, lo enconaron mas, y dejando la orden estrecha para que se retirasen, se marchó para el presidio.

Comunicó el señor capitán del barco á los padres la orden que habia dado el dicho comandante de tierra, refiriéndoles las razones que le habia propuesto para que desistiese, pero que no habia podido convencerlo. Ya veo, dijo, que no

hay motivo para la retirada y que es un grande bochorno; pero no quiero pleitos con este hombre, y así determino que nos váyamos. Mucho lo sintieron los padres, y mas que todos el venerable padre presidente. Luego que vió la retirada, quedándose como fuera de sí, sin tener mas voces ni palabras con que desahogar la pena del corazon, que el decir: hágase la voluntad de Dios, quien solo lo puede remediar, encargó á los padres lo encomendasen á nuestro Señor.

No fué menor el sentimiento que tuvo su excelencia en cuanto tuvo la noticia del hecho, que se la comunicó el capitán del barco en cuanto llegó á San Blas. De modo que luego despachó su excelencia orden al gobernador de la provincia, que residia en Loreto en la antigua California, para que luego mudase su residencia á Monterey y el capitán Rivera se retirase á Loreto; lo que comunicó su excelencia al venerable padre presidente con carta larga y extensiva, con fecha 25 de diciembre del propio año de 76, de la que saco las siguientes cláusulas, con las que comunica á su reverencia los estrechos encargos que hace al señor gobernador.

COPIA DE LA CARTA.

“No dudo que la suspension del restablecimiento de la mision arruinada de San Diego causaria á vuestra reverencia mucha pena respecto de que á mí me ha causado displicencia el saberlo solo; cuanto mas los frívolos motivos que coincidieron, de que me ha instruido la carta del teniente de navío don Diego Choquet, comandante del paquebot el Principe.

“Supongo que con el arribo de los veinticinco hombres mandados por mí reclutar para refuerzo de la tropa de aquel presidio, se dedicaria don Fernando de Rivera á evacuar esta importancia y erigir al propio tiempo la mision de San Juan Capistrano en el paraje antes elegido; pero si no se hubiese verificado, no dude vuestra reverencia que el gobernador de esas provincias, á quien va el encargado de residir en ese presidio de Monterey, hará todo esto si no lo ha ejecutado, muy á gusto de vuestra reverencia por el celo que le anima del servicio y por las demás cualidades que le adornan.

“Le instruyo y prevengo de cuanto debe procurar para fomento de estas adquisiciones, encargándole estrechamente que no estando verificado el restablecimiento de la mision de San Diego, y la fundacion de San Capistrano, se dedique luego á hacerlo efectivo, y le prevengo lo mismo que antes á don Fernando de Rivera en cuanto á que no se castiguen las cabecillas ó autores del pasado movimiento, por si la piedad con que se les trata cuando merecian la última pena, les escarmienta y hace entrar en conocimiento para vivir dóciles y quietos.

“Una de las cosas que tambien encargo estre-

chamente, es la ereccion de la mision de Santa Clara en la cercania del presidio de San Francisco con esta advocacion; y aunque doy la orden para que á estas subsigan las dos que vuestra reverencia pide como precisas en el canal de Santa Bárbara, y otra en el terreno que intermedia entre ese establecimiento y aquel para asegurar la comunicacion, convendrá suspenderlo para mas adelante, y cuando las otras se hallen perfectamente establecidas; bajo cuyo concepto puede decirme vuestra reverencia por el regreso de los buques los utensilios que sean necesarios para ellas, á fin de determinar su envío, acordando en el ínterin la ereccion de las demás, con preferencia, que desde luego concibo deben tener las de Santa Bárbara ya meditadas, para reducir la mucha gentilidad que puebla el terreno.

“El gobernador don Felipe Neve está encargado de consultarme y proponerme cuanto conciba conveniente y preciso á hacer felices esos establecimientos; y como tambien lo está de que para todo use de los acuerdos de vuestra reverencia, espero que continuando con aquel fervoroso celo que preocupa el ánimo de vuestra reverencia por la propagacion de la fe, conversion de las almas y extension del dominio del rey en esas remotas distancias, se ponga cuanto parezca asequible, consultándome lo que se necesite para proporcionar con mis providencias su efectivo logro. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 25 de diciembre de 76.—El bailío fray don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre Fray Junipero Serra.”

Si estas providencias tan favorables para la propagacion de la fe y cartas tan consolatorias de su excelencia hubieran llegado á manos del fervoroso padre Junipero tan breve y tan á continuacion como aqui las inserto (para llevar el hilo de la historia), no habria su reverencia padecido como padeció, pues la demora de ellas por la mucha distancia de Méjico le affigia en gran manera su corazon, aunque siempre muy resignado á la divina voluntad, en cuyo servicio y para gloria del Señor padecia un incruento martirio, pues cualquiera providencia que veia dar por el comandante de estos establecimientos que impedia ó retardaba la conversion de los gentiles, era una saeta mas aguda que las que quitaron la vida al venerable padre fray Luis Jaime; y la que se dió para que se suspendiese la reedificacion de la mision de San Diego no fué de las menores que recibió en su corazon el venerable y fervoroso prelado; pero viendo que en lo humano ya no hallaba recurso, ocurrió á Dios, como Señor de esta vida, para que lo remediase, pidiéndoselo en los santos sacrificios y oraciones, encargando á los padres hiciesen lo propio, y en breve le dió el Señor el consuelo, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XLIII.

LLEGA SOCORRO DE TROPA Y FAVORABLES ÓRDENES CON QUE SE LOGRA EL RESTABLECER LA MISION DE SAN DIEGO Y LA FUNDACION DE SAN JUAN CAPISTRANO.

A los 21 dias de suspendida la obra de la reedificación de la mision de San Diego, llegaron por tierra á aquel presidio por la antigua California los veinticinco soldados que remitía su excelencia para reforzar la tropa, y por el cabo de ellos recibió el venerable padre presidente las dos cartas tan consoladoras de su excelencia que quedan ya copiadas en el capítulo 41. Estas felices noticias que recibió el venerable padre presidente el dia 29 de setiembre, fiesta del gloriosísimo príncipe san Miguel (concedida nuevamente por su santidád patron de todas las misiones del colegio), causaron suma alegría al fervoroso padre, que quiso expresarla con un solemne repique de campanas y el dia siguiente con misa cantada en acción de gracias por este beneficio, encargando á los padres hiciesen lo mismo en las misas rezadas y que pidiesen á Dios por la salud y vida del excelentísimo y fervoroso señor virey.

Enterado el comandante don Fernando Rivera de las superiores órdenes de su excelencia, puso luego en libertad á los indios presos que queria con el barco despachar para San Blas, y aprontó la escolta de doce soldados para la mision de San Diego, para que se fuese á la reedificación de dicha mision; y para la fundacion de San Capistrano nombró diez y un cabo, y añadió dos á la de San Gabriel, y los restantes quedaron para el presidio, que quedó con la fuerza de treinta hombres; y no queriendo presenciar dichas fundaciones, subió para Monterey con los doce soldados de las misiones de nuestro padre San Francisco.

En cuanto el fervoroso padre Junípero se vió con los auxilios que necesitaba, sin pérdida de tiempo pasó á la reedificación de la mision de San Diego con otros dos misioneros, mudándose al sitio con todos los neófitos de dicha mision, y empezó con todo empeño la obra, trabajando los neófitos con mucha alegría, y con tal esfuerzo, que en breve dieron muestras de que no tardarian en poner en buen estado la mision. Puestos en corriente, dejando en la obra á los dos misioneros, se retiró su reverencia al presidio á disponer para la de San Capistrano; y supuesto que en breve saldria el barco, se puso á escribir á su excelencia, dándole las gracias así del perdón de los indios que había enviado para que se pusiesen en libertad, como del aumento de la tropa y de las demás órdenes y providencias que había enviado, y que en cumplimiento de ellas quedaba ya corriente la obra de San Diego con

mucho gusto de los indios; y que luego de salido el barco pasaria á fundar la de San Juan Capistrano.

Así lo practicó llevando consigo los dos misioneros, el padre lector fray Pablo Mugartegui y el padre fray Gregorio Amurrio y todos los avíos pertenecientes á ella, escoltados de un cabo con diez soldados, llegaron al sitio en donde hallaron enarbolada la cruz y desenterraron las campanas, á cuyo repique ocurrieron los gentiles muy festivos de ver volvian á su tierra los padres. Hizose una enramada, y puesto el altar dijo en él el venerable padre presidente la primera misa. Deseoso de que se adelantase la obra, tomó el trabajo de pasar su reverencia á la mision de San Gabriel á fin de traer algunos neófitos para ayuda de la obra, algun socorro de víveres para todos y el ganado vacuno que allí estaba.

Regresando para la nueva mision con dicho socorro, quiso adelantarse de las cargas para llegar mas breve, y se fué con un soldado que conducía el ganado, y con un neófito de San Gabriel. A la medianía del camino, como diez leguas de la mision, se vió en evidente peligro de que lo matasen los gentiles, y segun su reverencia me contó la primera vez que después nos vimos, creyó ciertamente que lo mataban, porque les salió al camino un gran peloton de gentiles, todos embijados y bien armados, con sus espantosos alaridos, enarcando sus flechas en ademán de matar al padre y al soldado, con el interés sin duda de quedarse con el ganado. Librólos Dios por medio del neófito, que viendo la acción de los gentiles les gritó que no matasen al padre, porque atrás venian muchos soldados que acabarian con ellos. Oyendo esto en su propia lengua é idioma, se contuvieron, los llamó el padre y se le arrimaron todos ya convertidos en mansos corderos, los persignó á todos, como siempre lo acostumbro, y después les regaló con avalorios (cuentas de vidrio que estiman mucho) y los dejó ya hechos amigos, y prosiguió su camino sin la menor novedad mas que la fatiga del viaje y el dolor del pié. Llegó al sitio de la nueva mision, y con el socorro de peones y víveres, se dió mas calor á la obra material.

Es el sitio de la mision muy alegre y con buena vista, pues desde las casas se ve la mar y los barcos cuando cruzan, pues dista de la playa como media legua, con buen fondeadero para las fragatas y resguardadas en el tiempo que vienen los barcos; que en este tiempo que reinan los sures no estarian muy seguras por estar abierto y descubierto por dicho rumbo; pero por el Norte y demás laterales están seguros los barcos por una tierra alta que sale muy afuera formando una ensenada nombradas de los Marítimos de San Juan Capistrano, la que tiene un estero mediano al que vacía el arroyo de agua buena que corre por el lado de las casas de la mision; cerca del estero desembarcan las cargas de dicha mision y las de San

Gabriel, con lo que se ahorran de haber de ir hasta el puerto de San Diego á trasportar con mulas los avíos.

Hállase situada la mision en la altura del Norte de 33 y medio grados, distante de la mision y puerto de San Diego veintiseis leguas y de la de San Gabriel, rumbo al Noroeste diez y ocho leguas. El temperamento es bueno logrando sus calores en el verano y sus frios en el invierno, y hasta ahora se ha experimentado sano; á su tiempo hay lluvias, y ayudados del riego con el agua de dicho arroyo, consiguen abundantes cosechas de trigo y maíz, legumbres de frijol, etc., no solo lo suficiente para la manutencion de los neófitos, sino que les sobra para socorrer á la tropa á trueque de ropa para ayudar á vestirse. Logra tambien buenos pastos para toda especie de ganados, que se han aumentado mucho.

Habiendo reparado desde el principio de la fundacion que toda aquella estaba matizada de parras silvestres que parecian unas viñas, dieron en sembrar unos sarmientos mansos traídos de la antigua California, y han conseguido ya el lograr vino, no solo para las misas, sino tambien para el gasto, como asimismo de frutas de Castilla, de granadas, duraznos, melocotones, membrillos, etc., y logran muy buenas hortalizas, etc.

Con el auxilio del intérprete que de San Gabriel llevó el venerable padre presidente y fundador, como desde luego se les pudo decir, el fin principal que los traía á venir á vivir entre ellos, que era á enseñarles el camino del cielo, á hacerlos cristianos, para que se salvaran, etc.; que de tal manera lo entendieron y se les impresionó, que luego empezaron á pedir el bautismo, de modo que segun escribieron al principio los padres, que así como los gentiles de las otras misiones habían sido molestos en pedir á los padres cosas de comer y otros regalitos, los de San Juan Capistrano eran molestos en pedir el bautismo, haciéndoseles largo el tiempo de la instruccion, y por esto y con dicho auxilio se dió calor á la obra espiritual, y en breve lograron los primeros bautismos, y se fué aumentando el número de ellos, de modo que cuando murió el venerable padre fundador fray Junípero, contaban ya cuatrocientos y setenta y dos naturales de aquel sitio y rancherías comarcanas, y luego después de su ejemplar muerte fué en gran manera aumentando el número.

Pues habiendo yo escrito á todos la noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, y que poco antes de morir me había prometido que si lograba el ir á ver á Dios le pediría por todos nosotros, y para que se logre la conversion de los gentiles, me respondió el dicho padre lector fray Pablo Mugartegui: "Parece que ya veo se va cumpliendo la promesa de nuestro venerable padre Junípero, pues en estos tres meses últimos hemos logrado mas bautismos que en los tres años, y continúan en el catequismo gra-

cias á Dios, y confiamos en el Señor se logrará la conversion de los demás."

Era tanta la sed del venerable padre Junípero de la conversion de las almas, que ni el ver radicada la mision de San Diego, ni la fundacion de la de San Capistrano lo saciaban, y lo tenían con mucho cuidado las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, de las que por la mucha distancia de cerca de doscientas leguas, no había tenido la menor noticia; y para salir de este cuidado y dar mano á su fundacion en caso de no haberse efectuado, se encaminó para Monterey, visitando de paso las tres misiones de San Gabriel, San Luis y San Antonio, teniendo el gusto de verlas con grandes aumentos en lo espiritual y temporal, y á sus ministros muy contentos, y logró la ocasion de bautizar algunos catecúmenos para dejar en todas partes hijos, y gastando en dichas tareas apostólicas seis meses, llegó á su mision de San Carlos con el mérito de tantos trabajos por el mes de enero de 1777, y tuvo á la llegada el complemento de sus deseos con la noticia de quedar ya fundadas las dos misiones de este puerto, de las que hablaré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLIV.

PROVIDENCIAS QUE PARA LAS FUNDACIONES DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO DIÓ EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

Uno de los puntos que el venerable padre Junípero pidió á su excelencia estando en Méjico fué, que tuviesen efecto las dos misiones de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, proyectadas desde el año de 70. Y viendo su reverencia que en el provisional reglamento que se había formado, no solo no se hablaba de tales misiones, antes parecia se cerraba la puerta á nuevas fundaciones, se estrechó con su excelencia haciéndole presente las muchas conversiones que se lograrían con dichas fundaciones. Como ya por la frecuente conversacion que dicho señor había tenido con el fervoroso padre, se le había prendido en su noble corazón el fuego de la caridad acerca de la conversion de los gentiles, lo consoló diciéndole que descuidase, que dichas misiones corrian á su cuenta; que la real junta tuvo presente el corto número de tropa que había en los establecimientos y la dificultad de trasportarla; que encomendase á Dios se lograra el abrir paso por el río Colorado, que conseguido, se lograrían no solo las dos dichas, sino las demás que se juzgasen convenientes. Quedó con esto consolado, pidiendo á Dios el feliz éxito de la expedición de D. Juan Bautista de Anza, y quiso nuestro Señor que viese el paso abierto aun an-